

PROTESTAS SOCIALES EN COLOMBIA 1946-1958*

Mauricio Archila Neira. Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia e investigador del CINEP.

"No es fácil para el historiador o para el sociólogo restituir la palabra a quienes nunca la tuvieron, a quienes no gravaron inscripciones ni dejaron tabletas ni manuscritos y cuyos heraldos murieron colgados, crucificados o agotados por las privaciones, sin que ningún memorial los registrara. De allí el interés por las incursiones, hoy posibles, en la historia de los colonizados, de sus protestas, de su motines y de sus sueños".
(Alain Touraine citado por Javier Giralda, *ha reivindicación urbana*, Bogotá, Cinep, 1987, pág. 236)

El presente escrito es una nueva incursión en el pasado de los sectores sociales subordinados colombianos quienes, como dice Touraine pero sin tanto dramatismo, no han dejado muchas huellas de su transcurrir histórico. En ocasiones anteriores habíamos descrito la gestación de la clase obrera entre 1910 y 1945 y su evolución en el período que nos ocupa¹. Hoy queremos abordar la dinámica de la protesta social, incluyendo otros grupos además del obrero, durante los años 1946-1958. Este tipo de reconstrucción no se ha realizado sino en forma parcial, para el período en cuestión²

El nombre con el que se designa a este período, la Violencia, es indicativo de las dificultades de todo orden para cumplir nuestro cometido. Empíricamente no es fácil encontrar testimonios de protestas en una época de dura represión y de abierta censura. Conceptualmente es complicado hablar de la existencia de protestas sociales cuando la exacerbación de la contradicción política absorbió al conjunto de la sociedad y la violencia física era el medio de expresión de las tensiones sociales. A pesar de estas limitantes, creímos necesario y posible, hacer una incursión en las pocas luchas sociales que quedaron registradas en las fuentes consultadas, con el ánimo de completar la lectura sobre la historia social contemporánea que desde hace años iniciamos.

Nuestra fuente principal de información sigue siendo la prensa, pero para este período tropezamos con obstáculos adicionales³. En los años de la Violencia desaparecieron muchos periódicos locales u obreros que contenían ricas descripciones de los conflictos sociales. La prensa que subsistió estuvo sometida a severa censura desde fines de los cuarenta y gran parte de los cincuenta. Cuando se filtra alguna noticia, es incompleta en términos de

* El autor agradece a Juan José Cañas por su cuidadosa lectura de *El Colombiano* y de los periódicos obreros antioqueños del período estudiado. A Antonio Javier Jaramillo por la revisión de *El Espectador*. A Martha C. García por el diseño de las bases de datos. Finalmente a Fernán González, Ana María Bejarano y Helena Useche por sus comentarios a los borradores.

1 Nos referimos al libro *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*, Bogotá, Cinep, 1991, y a la ponencia "Los obreros en los años cincuenta. ¿Infierno o paraíso?" publicada en las *Memorias del VIII Congreso de Historia*, Bucaramanga, UIS, 1993, págs. 271-290. También el artículo "Contexto huelguístico, 1946-1960", en prensa.

2 Víctor M. Moncayo y Fernando Rojas hacen un buen recuento para el caso obrero (*Las luchas obreras y el derecho laboral en Colombia*, Medellín: La Carreta, 1978); el texto de Carlos H. Urán es el más rico en matices sociales, especialmente para los años de la dictadura (*Rojas y la manipulación del poder*, Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1983).

3 Se revisó *El Tiempo (El Intermedio)*, *El Espectador (El Independiente)* y *El Colombiano* en todos los años estudiados; *Diario Popularen* 1946 y *Voz de la Democracia*, 1957-1958. Para coyunturas precisas se leyó *El Siglo* (de Bogotá), *El Heraldo* y *La Prensa* (éstos de Barranquilla) y *El Obrero Católico* (de Medellín).

actores, motivos y logros. La revisión de otras fuentes escritas y estadísticas, de literatura de la época y aún la realización de algunas entrevistas, ayudó a llenar vacíos sin superar la oscuridad que caracteriza a este período en términos de la historiografía social del país. Por ello el banco de datos sobre luchas sociales plasmado en los anexos, dista de ser completo y por ende las conclusiones que de allí derivamos deben considerarse como provisionales.

Antes de dar cuenta de lo investigado, conviene precisar conceptualmente el objeto de estudio. No hablamos de movimientos sociales durante la Violencia pues según las definiciones en boga hoy día no se dieron las condiciones para hacerse visibles⁴. Hablamos de 'lucha' o 'protesta' social cuando se trata de una acción colectiva que expresa intencionalmente demandas y/o presiona soluciones ante el Estado —en sus diversos niveles—, entidades privadas o individuos⁵. En este punto es necesario hacer una breve consideración sobre la relación entre protesta social y violencia. Si bien la tendencia de la primera es a dirimir las diferencias sin recurrir a la aniquilación del antagonista, es indudable que la violencia marca, hasta nuestros días, los conflictos sociales. Desde una mirada histórica, el uso de la violencia no es una característica inherente a la protesta social, sino que hace parte de las modalidades de confrontación que según el contexto institucional y la dinámica de los actores son viables.

Estas precisiones teóricas se vuelven más complejas cuando se aplican al período estudiado. La Violencia, con mayúscula, fue una época en la cual la exacerbación de los odios políticos marcó el comportamiento de los colombianos. Así la interpretaron quienes la vivieron y la siguen entendiendo quienes la reconstruyen. En consecuencia, dinámi-

cas de carácter social, especialmente en el agro, fueron subsumidas por la espiral de violencia política vivida en esos años. Pero tampoco podemos reducir las luchas sociales a la confrontación bipartidista, pues algunas se expresaron como tales, de una parte, y hubo conflictos políticos en los cuales los motivos sociales estuvieron ausentes, de otra parte. A pesar de la dificultad para distinguir unas de otras, insistimos en reseñar aquellas protestas con un claro sello social en las cuales la intención de los actores no fue la destrucción física del contradictor, siendo conscientes de que el conflicto social no se agota en ellas. Esta perspectiva conceptual es acorde con nuestro esfuerzo investigativo por reconstruir series históricas de la protesta social en el país.

En concordancia con los criterios esbozados hemos ubicado seis tipos principales de protesta, a saber: huelgas (obreras), paros (cívicos o estudiantiles), amenaza de paros o de huelgas, marchas y movilizaciones, invasiones de tierra y 'otras'. A excepción de la huelga, cuya definición es más precisa⁶, las demás categorías de protesta resultan de una agrupación empírica. Los paros los definimos como ceses de actividades de sectores no laborales, particularmente aquellos adelantados por habitantes urbanos o por estudiantes⁷. La 'amenaza' se refiere a acciones explícitas tendientes a paralizar actividades (laborales o no laborales) si no se resuelven las demandas planteadas. Las marchas o movilizaciones que incluimos son aquellas de carácter social, las explícitamente políticas no se contabilizaron. Las invasiones de tierras cubren acciones en esa dirección tanto urbanas como rurales. Finalmente en 'otras' agrupamos referencias vagas por parte de los periódicos a luchas tales como 'resistencia civil' o 'protesta civil'.⁸

4 Alain Touraine (*América Latina: política y sociedad*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pág. 205) propone tres principios para caracterizar a movimientos sociales: identidad, oposición y totalidad. De los tres creemos que a duras penas se dieron los dos primeros para el caso obrero. Según nuestra propia definición, las luchas sociales de esa época no lograron permanencia y por las mismas condiciones políticas, fueron poco propositivas y no consolidaron una dinámica pacífica en la expresión de sus contradicciones. En nuestra perspectiva histórica es sólo con el Frente Nacional cuando irrumpen los llamados movimientos sociales en el país, aunque con antecedentes como los que vamos a estudiar.

5 Los elementos básicos de la definición son tomados del concepto weberiano de lucha o conflicto (Max Weber, *Economy and Society*, Vol. I, Berkeley, University of California Press, 1978, pág. 38). Nos basamos también en la definición que Javier Giraldo ofrece de "lucha cívica": "Acción colectiva tendiente a denunciar carencias o a expresar demandas colectivas y a ejercer algún tipo de presión sobre las entidades o personas que puedan satisfacerlas" (*La reivindicación...*, pág. 5).

6 Operativamente la hemos definido como un cese de actividades de trabajadores asalariados con unidad de propósito, generalmente un pliego o una reivindicación común, y de acción, lo que implica simultaneidad en el inicio y en el fin, y generalmente una sola organización, sea ésta sindicato de empresa o de industria (o gremial en la antigua terminología). Aunque la legislación colombiana distingue huelga (la que sigue los trámites señalados por la ley), de paro (acción por fuera de estos marcos), nosotros no hacemos esa distinción. La información sobre huelgas está en el Anexo I, sobre las otras formas de protesta en el Anexo II.

7 Nos llamó la atención encontrar la expresión PARO CÍVICO para referirse a una protesta en Popayán en octubre de 1946 (*El Tiempo*, Bogotá, 9 de octubre de 1946).

8 Menciones de prensa sobre los sucesos de Pereira y de La Mesa (Cundinamarca) en contra y a favor de sus respectivos alcaldes (*El Espectador*, Bogotá, 6 y 30 de enero de 1948).

Los sectores sociales incluidos son también definidos empíricamente: asalariados (incluye obreros y empleados, también designados sector laboral), campesinos (trabajadores rurales asalariados o pequeños propietarios), cívico (referido a habitantes urbanos principalmente), estudiantes y mujeres. Si no hablamos de más actores fue porque no fueron visibles, así fuera mínimamente. Las mujeres, por ejemplo, fueron señaladas como protagonistas en tres ocasiones. Los negros o indígenas nunca salvo como epítetos en una ocasión cada uno.⁹

Una última consideración debemos hacer en esta presentación: es sobre el período escogido. Aunque la Violencia se extiende, según los entendidos, hasta 1965, nosotros consideramos que los finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta hacen parte de otro momento político marcado por el pacto bipartidista, el cual será objeto de posterior investigación. Por ello hacemos el corte en 1958, año en el cual se posesionó el primer presidente del Frente Nacional. Sin más preámbulos consideremos en primera instancia las tendencias globales de la protesta social para luego mirar con detalle su evolución por sectores sociales.

1. Tendencias de la protesta social entre 1946 y 1958.

A pesar de la precariedad cuantitativa de la información reconstruida, es posible señalar tendencias en la movilización social en el país durante la Violencia. Lo primero que se observa en el Cuadro 1 (siguiente página) es la forma de U que adquiere la agrupación de datos, concentrándose al principio del período y al final. Esto sugiere la hipótesis de que a mayor funcionamiento de las reglas de juego democrático, mayor posibilidad de ejercer la protesta y por tanto ella es más visible. Sobre esta tesis abundaremos en las siguientes páginas.

Lo segundo que salta a la vista del cuadro en mención es el relativo decrecimiento del peso de la huelga (24 y 19 para los dos primeros años y 12 y 15 para los últimos) en comparación con las otras formas de protesta especialmente los paros (5 y 4 para los primeros años y 14 y 22 para los últimos). Ello denota que las formas de lucha social se van amoldando a los contextos que enfrentan, en este caso de ofensiva antisindical. También reflejan una relativa pérdida de protagonismo obrero al menos en comparación con la República Liberal (1930-1946).

Cuadro 1

Años	Paros	Amenaza Paro	Moviliza.	Invasión	Huelgas	Otras	TOTAL
1946	5	3	4	4	24	0	40
1947	4	1	3	0	19	0	27
1948	5	2	3	2	14	2	28
1949	8	4	4	2	12	1	31
1950	1	1	1	0	1	0	4
1951	0	2	4	1	3	1	11
1952	2	0	1	0	0	0	3
1953	3	0	3	1	0	0	7
1954	5	3	4	0	2	0	14
1955	3	2	3	1	6	0	15
1956	0	0	3	0	2	0	5
1957	14	1	3	1	12	0	31
1958	22	2	2	2	15	0	43
TOTAL	72	21	38	14	110	4	259

Fuente: Anexos

PROTESTAS SOCIALES, 1946-1958

⁹ Fue el caso de sendas invasiones en donde se habló despectivamente de "negros" (*El Espectador*, 20 de septiembre de 1946) o "indios" (*idem*, 2 de enero de 1948).

En forma similar se dijo que colonos "comunistas" invadieron otra hacienda (*El Tiempo*, 24 de marzo de 1948). Sin duda no hubo reivindicación étnica en estos casos, o al menos no lo registró la prensa.

Estos señalamientos no causan extrañeza al analista de este período histórico. Ya hemos dicho que los años 1946-1957 se caracterizan por una pérdida paulatina de libertades democráticas, acentuadas por el temor causado a las élites por los sucesos del 9 de abril y ratificadas con el cierre del Congreso a fines de 1949. Luego seguirían los gobiernos de Laureano Gómez y de Rojas Pinilla, conocidos por mayores limitaciones al ejercicio de la democracia. Sólo con la caída de Rojas y el lento tránsito al gobierno civil, y la restauración del juego democrático, se hacen visibles nuevamente las protestas. Este proceso fue acompañado de ofensivas estatales y de agentes políticos para destruir la aparente fortaleza del movimiento sindical, destacado actor social en los cuarenta.

Los vientos que soplaban internacionalmente no hacían presagiar cosa distinta. El fin de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, liderada por los Estados Unidos, hicieron del comunismo y sus posibles aliados en el enemigo principal del mundo capitalista. Actores sociales organizados como la clase obrera y la izquierda, se convertían así en obstáculos para el desarrollo, por lo cual había que anularlos o al menos controlarlos, como en efecto sucedió. Sin embargo, y esta es la tercera conclusión que sacamos del Cuadro 1, los sectores subordinados no dejaron de hacer presencia pública, a pesar de las duras condiciones para expresarse. Aunque muy disminuida, la protesta social no desapareció y eso que no hacemos cuenta aquí de su expresión a través de conflictos armados rurales que marcaron la época. La persistencia de la movilización social se inscribe en la reflexión sobre las distintas 'estrategias' que los sectores subordinados desarrollan en la consecución de sus reivindicaciones.¹⁰

Conviene ahora hacer un recuento por los distintos subperíodos en los que se dividen estos años. Al lector posiblemente le llame la atención el hecho de que la organización cronológica se construye sobre un cruce entre las 'fases' de la Violencia y los momentos de la protesta social. Ello responde, más que a la comodidad por ser una cronología tradicionalmente acuñada, a la necesidad teórica de ver las luchas sociales de frente al marco institucional pro-

piciado por el Estado y sus distintas concreciones en los cuales se moldean las mismas formas de protesta¹¹. Esto no quiere decir que las variables políticas sean las únicas explicativas del comportamiento de los diversos actores sociales, pero sí que ellas adquieren una gran relevancia, al menos para el período señalado. Veamos la forma como evolucionó la protesta social por subperíodos para detectar con más detalle la riqueza de factores que entraron en juego en los conflictos sociales.

A. El declive de la 'radicalización popular', 1946-1949.

Los años posteriores a la caída de la República liberal mantienen indicadores de actividad social por parte de los sectores subalternos, en forma tal que algunos consideran que hasta el 48, al menos, se presentó una 'radicalización popular'¹². Intentos de paros generales como los del 47 y del 49, abundantes paros regionales, y el significativo número de huelgas, menor que en el decenio anterior, pero superior al promedio del período en consideración, así lo refrendan. El mismo proceso de movilización gaitanista y la incorporación de crecientes contingentes populares lo sugieren. Pero ese es un lado de la moneda. El otro lo constituye la respuesta estatal a la movilización popular.

Mariano Ospina Pérez, candidato conservador, ganó las elecciones por división del partido mayo-ritario. Por ello se vio obligado a aliarse con el liberalismo por medio de la inestable Unión Nacional. Ella funcionó hasta comienzos de 1948 para revivir después del 9 de abril y enterrarse definitivamente a mediados del 49. El creciente clima de violencia propiciado por los intentos de conservatización forzosa en algunos municipios y la airada respuesta liberal para no perder privilegios, hizo naufragar el acuerdo bipartidista. Estos años culminan con la clausura del Congreso y el (restablecimiento del Estado de Sitio, mientras se elegía a Laureano Gómez como presidente en medio de la abstención liberal. Fue, en síntesis, un período de paulatino ahogamiento de las libertades democráticas que arrastró tras sí las posibilidades de protesta social, cuya tendencia es decreciente, especialmente en el caso de las huelgas.

¹⁰Lectura de las luchas sociales agenciada por autores como Edward P. Thompson en historia y James Scott en ciencia política. Véase Alberto Flórez, "Elementos para una nueva historiografía agraria: La obra de James Scott" en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Bogotá, No 21, 1993, págs. 139-154.

¹¹Perspectiva enfatizada por autores como Charles Tilly ("Cambio social y revolución en Europa, 1492-1992", *Historia Social*, N-15, Madrid, invierno de 1993, pág. 98), que preside la reflexión del Proyecto Movimientos Sociales, Participación Política y Estado, en el que se inscribe esta investigación.

¹²Medófilo Medina utiliza incluso la expresión de "un viraje de las masas a la izquierda" ("La violencia en marcos urbanos, 1943-1949", *Estudios Marxistas*, No 23, 1982, pág. 56).

Aunque subsistieron las reglas democráticas durante estos años, en la práctica estaban cada vez más recortadas. Cuando no fueron las fuerzas armadas, que incluían desde 1948 a la policía, las que las suprimieron, lo fueron las bandas de 'pájaros' que comenzaron a revolver por el país.¹³ El pequeño repunte en protestas del 49 se debió al creciente descontento del liberalismo contra el cierre político que se venía encima y a la imposición 'a sangre y fuego' del candidato conservador. El sindicalismo que había sido el principal protagonista popular en años previos, todavía estaba inscrito en el esquema liberal de relación con el Estado —mutua relación que estableció el gobierno de López Pumarejo con el sindicalismo de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, por medio de la cual el primero impulsaba proyectos modernizadores y el segundo consiguió ciudadanía y reivindicaciones materiales y jurídicas¹⁴. La presencia de agentes liberales en el Estado, en el marco del pacto bipartidista, y la prohibición de paralelismo sindical vigente a nivel confederal hasta el 49, creaba ilusiones en la CTC para continuar prácticas del pasado reciente. Pero eran meras ilusiones, como lo demostró el fracaso de los paros generales de mayo de 1947, de abril de 1948 y de noviembre de 1949. El marcado carácter político de los últimos hizo evidente además que la CTC era un apéndice del liberalismo.

A pesar de estos retrocesos nacionales, los sindicatos, especialmente de transportes e industria manufacturera (incluida la petrolera), seguían desarrollando luchas locales y logrando algunos avances materiales. Por ello el gobierno conservador desarrolló una doble estrategia para debilitar el

conjunto del movimiento sindical: división organizativa y concesiones globales. En cuanto a la primera se desmontó la prohibición del paralelismo sindical que culminó en 1949 con el otorgamiento de personería jurídica a la Unión de Trabajadores de Colombia, UTC, y la persecución a la CTC.¹⁵ La UTC, creada en 1946 por los jesuitas y con bases rurales y manufactureras antioqueñas, encarnaba una lógica de negociación apolítica y economicista¹⁶. En el intento de debilitar a la CTC el conservatismo fue ayudado por la Dirección Liberal que se empeñó, alentada incluso por los intereses norteamericanos, en excluir a los comunistas. En el congreso de la central, realizado en mayo de 1950, pocos meses antes de entregar Ospina el poder, se plasmó esa división en torno a la afiliación internacional¹⁷. Incluso los mismos comunistas, con su división entre el sector de Gilberto Vieira, la mayoría, y el del antiguo secretario, Augusto Duran, contribuyeron a debilitar más las filas del obrerismo organizado¹⁸.

Pero el gobierno de Ospina no sólo mostró 'garrote', también exhibió la 'zanahoria' —esta última simboliza la segunda estrategia para debilitar al sindicalismo. La ley 90 de 1946 había creado el Instituto Colombiano de Seguros Sociales, ICSS, respondiendo a un antiguo reclamo de los trabajadores¹⁹. En 1948, tal vez para prevenir revueltas como la del 9 de abril, el ejecutivo dictó el Decreto 2474 que obligaba a los empresarios a participar las utilidades con sus trabajadores y a darles gratuitamente overoles y calzado²⁰. Finalmente, pero no menos importante, Ospina respondió a otro viejo anhelo laboral, el salario mínimo, por medio del Decreto 3871 de 1949 que regiría a partir del siguiente año

13El hecho más significativo en este sentido, además de serlo por la crueldad con que se hizo, fue la masacre de cerca de medio centenar en la Casa Liberal de Cali en octubre del 49 (*El Tiempo*, 23 de octubre de 1949).

14Este proceso lo describí en *Cultura e Identidad...* caps. 6-7.

15La prensa conservadora justificó así la división sindical: "La unidad sindical es un sistema de origen comunista... ¿Con qué derecho y a qué título pretenden los voceros socializantes del país constituir a la CTC en entidad de derecho público con privilegio exclusivo para representar todas las actividades sociales de los trabajadores de Colombia?" (*El Siglo*, 5 de diciembre de 1947, citado por Carlos Mario Perea, "Porque la sangre es espíritu", Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional, 1994, pág. 54).

16Tesis desarrollada por Daniel Pecaut, *Política y sindicalismo*, Medellín, La Carreta, 1973. El gobierno conservador primero anuló la prohibición de paralelismo sindical a nivel confederal contenida en la Ley 6 de 1945 y luego sí otorgó personería jurídica a la UTC. (*El Tiempo*, 18 de septiembre de 1949 y *La Prensa*, Barranquilla, 28 de octubre de 1949). Días antes había intentado cancelar la personería a la CTC y disolverla (*El Tiempo*, 1º de septiembre de 1949).

17A este respecto son ilustrativos no sólo de la división sino de la injerencia norteamericana en esta polarización, los documentos del Departamento de Estado publicados en el *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, N°s 18-19, Bogotá, 1990-1991, págs. 309-335. Allí se observa claramente que desde 1949 los Estados Unidos venían presionando para que fueran expulsados de la CTC los elementos considerados 'comunistas'. Como el gobierno conservador se resistió a esa política, aduciendo escaso control sobre la central, el Partido Liberal en manos de Carlos Lleras asumió esa función. Y lo hizo tan bien que logró alejar a la CTC de la confederación latinoamericana catalogada de comunista (CTAL) y acercarla al sindicalismo norteamericano (CIOLS-ORIT).

18La división se inició en su Vil Congreso, en 1947 (Medófilo Medina, *Historia del Partido Comunista*, Bogotá: CEIS, 1980, págs. 529-544). El sector duranista se sumó en ocasiones a las ofensivas divisionistas liberales en contra del grupo comunista de Vieira.

19Véase el estudio sobre la evolución del seguro social de Osear Rodríguez, "En los orígenes de la crisis de la seguridad social" en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, N°s 18-19, 1990-1991, págs. 281-307.

20*El Tiempo*, 20 de julio de 1948. Este decreto sólo se reglamentó año y medio después (*El Tiempo*, 29 de enero de 1950).

en las áreas urbanas²¹. Todas estas medidas, a las que habría que agregar la creación del Instituto Nacional de Abastecimiento, INA, no fueron meras respuestas oportunistas de Ospina a la crítica situación social sino que hacían parte de la concepción cristiana de justicia social que él proclamó a los cuatro vientos²².

La suerte del sindicalismo no fue ajena a los otros sectores subordinados, aunque éstos no contaban con los mecanismos formales de expresión de los obreros. Pero se hacían sentir, como se observa en el Cuadro 1, incluso en mayor forma, contrastando con la paulatina disminución de las huelgas laborales. Continuaron las movilizaciones e invasiones de tierras, en forma módica pero significativa, e incluso aumentaron los paros y amenazas de paro. Esto sin mencionar la gran revuelta popular del 9 de abril. Desde nuestra perspectiva, Ospina Pérez logró desarticular un actor social destacado, el sindicalismo de la CTC; sus sucesores continuarán la obra.

b. Cierre democrático y receso en la lucha social (1950-1957).

Si Ospina Pérez intentó darle al capitalismo un rostro cristiano, Laureano Gómez impulsó desde el principio un proyecto corporativista a imagen y semejanza del franquista, proyecto que no desecharía el general Rojas Pinilla, aunque alienando cada vez más el apoyo bipartidista. Pero hay cierta continuidad en los últimos meses de Ospina, los tres años de Gómez (y Roberto Urdaneta, quien realmente presidió el gobierno en esos años) y Rojas. Se trata de la supresión de las reglas democráticas de juego político: el cierre del parlamento en noviembre del 49, las elecciones de Gómez en el mismo mes, con abstención liberal; la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, ANAC, y finalmente el golpe militar, legitimado por la misma institución. Hay, sin embargo, matices entre unos y otros que es necesario mirar con cuidado, para entender la dinámica de la protesta social.

Laureano Gómez, después de lidiar infructuosamente con un congreso conservador —elegido como él por abstención liberal—, decidió convocar a

la ANAC, con la mira de concretar su ideario. En las bases de dicha convocatoria afirmaba la necesidad de reemplazar las 'perniciosas' ideas 'rusonianas' (sic) y marxistas por una inspiración evangélica y bolivariana. Al mismo tiempo que se proscribían la 'lucha de clases' y las sociedades secretas y se colocaba censura a la prensa y a todas las ideologías no-cristianas, se reafirmaba que la familia era el núcleo central de la sociedad y que la Iglesia Católica era la rectora de la vida de los colombianos. El proyecto de 1886 de Miguel A. Caro se revivió no sólo con la propuesta de reinstauración del vicepresidente, sino con la de la constitución de dos cuerpos en el parlamento: uno elegido popularmente y el otro de origen corporativo. Pero no todo era regresivo en la propuesta laureanista: de hecho se garantizaban los derechos de organización "para fines lícitos" y de huelga "como último recurso", además de afirmarse la igualdad formal de varones y mujeres.²³

El balance de la proyectada reforma constitucional era negativo para la democracia y así lo entendieron los distintos actores sociales, incluidos los políticos liberales. De hecho la polarización política se ahondó durante estos años hasta llegar a niveles impensables. Salvo breves intervalos de acercamiento bipartidista, como el de fines de 1951, cuando la intervención a última hora del mismo Laureano frustró la firma de un pacto de los dos directorios²⁴, el clima de estos años fue de mutua exclusión política.

El país respiraba aires de intolerancia que se expresaban también en el plano de las ideas y creencias religiosas. En aras de atacar idearios 'no-cristianos' se persiguió no sólo a la izquierda marxista sino al liberalismo, a la masonería y a los grupos protestantes. En las grandes ciudades se desarrolló una cruzada de moralización que obstaculizó la creatividad artística e intelectual. Fue pan de cada día la existencia de periódicos y libros censurados, cultos no-católicos atacados, estatuas o pinturas con desnudos mutiladas, cines y teatros prohibidos. Mientras tanto, desde las esferas oficiales se apoyaba una nueva evangelización católica, que incluía el refuerzo del matrimonio religioso, los retiros espi-

21 *El Tiempo*, 7 de diciembre de 1949. Véase también Juan José Cañas, "Reacondicionamiento urbano y nuevas condiciones salariales en Medellín, 1945-1958", Monografía para optar el grado de Historiador, Universidad Nacional, Medellín, 1994, pág. 109.

22 Este punto fue analizado en mi citada ponencia al VIII Congreso de Historia, 1992. Carlos Mario Perea, por su parte, considera que en el proceso de mimesis de los dos partidos, mutuamente se arrebataban puntos de identificación. Así el conservatismo, para responder a críticas liberales, asume un programa social. Ospina se presentó como 'el presidente de los trabajadores' y les dio concesiones, pero también los golpeó como ya se ha visto ("Porque la sangre..." págs. 46-55).

23 Carlos H. Urán, *Rojas y la manipulación...*, págs. 41-47.

24 J. Erazo París, *Del 9 de abril al 13 de junio*, Barranquilla, Gráficas Mora, 1954, págs. 95-111.

rituales masivos y demás ritos de la iglesia. Los primeros de mayo se convirtieron en reuniones a puerta cerrada cuyo único acto público era una misa. La procesión de la Virgen de Fátima por todo el país, famosa por su mensaje anti-comunista, fue el gran acontecimiento nacional a principios del decenio. Por esa época revivió, especialmente en Antioquia, la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en empresas y sedes sindicales; allí también un grupo grande de obreros organizó una peregrinación a Roma para celebrar el Año Santo²⁵. En este enrarecido clima político y cultural no es de extrañar que en el conservatismo haya tomado fuerza la imagen de que la confrontación bipartidista era una verdadera guerra santa.

En términos de los actores sociales, la propuesta laureanista intentaba controlarlos y a fuerza que lo consiguió. Aunque continuaron ciertas disposiciones como el salario mínimo y la distribución de utilidades, e incluso se promulgó el Código del Trabajo —cosa que ni siquiera los gobiernos liberales más progresistas habían conseguido—, la política social de estos tres años fue pobre. Si en términos de reformas poco se avanzó, en materia de control y represión se llegó más lejos. Las reuniones sindicales, por ejemplo, fueron sometidas a la supervisión del Ministerio de Trabajo y de las respectivas fuerzas militares. El Partido Comunista, aunque no legalizado tuvo que replegarse casi a la clandestinidad, pero ni con eso terminaron sus infortunios. Sus imprentas fueron allanadas en varias ocasiones, y sus periódicos duramente censurados. Sus militantes fueron perseguidos, detenidos y en no pocas ocasiones aniquilados. El 8 de junio de 1951 fue 'desaparecido' el dirigente caleño Julio Rincón; lo mismo sucedió luego con Aurelio Rodríguez en Barrancabermeja. En septiembre de 1952 fue envenenado José Gonzalo Sánchez, líder indígena; en diciembre fueron asesinados Luis Santana, dirigente del Quindío, y Saúl Fajardo, guerrillero de Yacopí. En febrero del 53 fue torturado y luego asesinado Ángel María Cano, concejal de Girardot.²⁶ De esta persecución no escaparon los activistas urbanos del liberalismo —para no hablar de los del campo— como lo atestiguan el incendio de los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador* y la asonada contra las

casas de López Pumarejo y de Lleras Restrepo en septiembre de 1952, o la detención de prestigiosos dirigentes de esa colectividad bajo la acusación de operar clandestinamente una estación de radio durante 1950 y 1951.²⁷

La conclusión es obvia: en este clima de terror no eran muchas las posibilidades para expresiones pacíficas de protesta. De hecho, como lo cuentan los testigos, la vida en las ciudades estaba marcada por la zozobra y el temor y los que no salieron para el exilio o al campo, se encerraban en sus casas²⁸. Por ello no es extraño constatar la desaparición práctica de las huelgas entre 1950 y 1953, y la presencia mínima de protestas, como se observa en el Cuadro 1. La excepción la constituye el año de 1951, con 4 movilizaciones y 3 huelgas, coincidentes con un tenue clima de diálogo bipartidista que se cortó abruptamente, como ya se dijo.

Con el 'golpe de opinión' de Gustavo Rojas Pinilla el turno le llegó a las fuerzas armadas. Los partidos políticos se hallaban sumidos en una profunda división: el liberalismo en torno al apoyo de las guerrillas partidistas y a la táctica política a seguir, y el conservatismo por la siguiente candidatura. Los enfrentamientos tras bambalinas de este último dejaron un vacío de poder como lo expresó eufemísticamente la ANAC.²⁹ Las fuerzas armadas, que venían ganando protagonismo desde el gobierno de Ospina y lo ratificaron con su participación en la Guerra de Corea, fueron llamadas a mediar en la crisis de poder. Sin embargo, Rojas quiso ir más lejos, no sólo posponiendo su retiro y la convocatoria a elecciones, sino proponiendo tímidamente un proyecto político alternativo al bipartidismo.

Sin embargo, aparte de revivir una tercera central obrera, la Confederación Nacional de Trabajadores, CNT, Rojas no consolidó ninguna fuerza política propia. Ello se debió a la fortaleza de la oposición y a su afiliación al conservatismo. La CNT había nacido del gaitanismo en 1946 para vivir en la sombra hasta 1954 cuando la dictadura le otorgó personería jurídica. Desde ese momento enfrentó el rechazo de la iglesia. Tal vez por esa debilidad, el gobierno de Rojas coqueteó continuamente con las

25Sobre estos aspectos véase *El Obrero Católico*, 4 y 8 de febrero, 4 de marzo, 10 y 17 de junio, 4 y 9 de diciembre de 1950.

26Medófilo Medina, *Cuadernos de historia del Partido Comunista*, Bogotá, CEIS-INEDO, 1989, págs. 112-115.

27Sobre los primeros sucesos véase J. Erazo, *Del 9 de abril...*, págs. 119-133, y sobre la detención de liberales, véase *El Tiempo*, 11 y 15 de febrero, 18 de marzo, 3, 13 y 30 de abril y 1^o de agosto de 1950 y 30 de abril, 4 y 12 de julio y 15 de agosto de 1951.

28Aspectos desarrollados en mi citada ponencia al VIII Congreso de Historia. Aquí nos limitamos a las consideraciones sobre lo ocurrido en las ciudades, pues los sucesos del campo han sido ampliamente tratados por la literatura sobre la Violencia.

29La fórmula fue: "...el 13 de junio del presente año quedó vacante el cargo de Presidente de la República" (Carlos H. Urán, *Rojas y la manipulación...*, pág. 74).

otras centrales, especialmente con la UTC, las cuales hasta última hora secundaban al gobierno. Los otros intentos de agrupación política propia, el Movimiento de Acción Nacional y la Tercera Fuerza, no pasaron de ser efímeras proclamas de grupos tan disímiles como el socialismo de Antonio García, el gaitanismo sobreviviente y el falangismo de Lucio Pabón Núñez, que presionaron infructuosamente a Rojas para romper el cordón umbilical con el conservatismo y en particular con el ospinismo, cosa que no hizo basado en su pasado católico y partidista³⁰.

Si Rojas estuvo distante personalmente de Laureano, en su ideario político coincidieron, aunque el general le introdujo unos aditivos populistas. De hecho la propuesta de reforma constitucional de corte corporativo fue continuada por Rojas así como muchos de los instrumentos de control estatal creados por su antecesor. Tal fue el caso de la Oficina de Prensa, Odipe, que siguió ejerciendo la censura de prensa y se convirtió en la oficina de imagen de la dictadura. En términos de violencia, aunque hubo un relativo desarme al principio del gobierno militar, a partir de 1955 se reactivó con las operaciones contra poblaciones del oriente del Tolima, especialmente Villarica.

Las dotes represivas de Rojas habían sido demostradas en Cali con los sucesos del 9 de abril. La brutal supresión de protestas, el encarcelamiento y posterior traslado de presos políticos le mereció el reconocimiento de Ospina³¹. Un caso de resonancia al principio de la dictadura, fue la desaparición y posterior asesinato del abogado liberal y defensor de presos políticos, Uriel Zapata³². Durante su gobierno no dejará de lado esas dotes represivas llevándolas al extremo de la megalomanía³³. Frente al Partido Comunista llegó más lejos que Laureano, ¡legalizándolo en 1954. Pero su anticomunismo lo llevaría a roces incluso con el liberalismo. La censura de prensa y el cierre de los dos periódicos liberales de mayor cobertura, *El Tiempo* y *El Espectador*, le crearon creciente enemistad en los círculos de poder. A ello se agregó el mal manejo de la econo-

mía del país y en especial de la bonanza cafetera, la cual disminuyó a partir del 55³⁴. La masacre de estudiantes en junio de 1954 le alienó el respaldo de las capas medias de las cuales ellos eran una expresión. Como si fuera poco, a pesar de su acendrado catolicismo, la Iglesia le retiró los afectos por su acercamiento al peronismo y su empeñamiento en mantener viva a la CNT. Así se fue conformando el bloque de oposición a la dictadura. La participación popular en dicho bloque fue precaria aunque en algunas regiones tuvo ribetes decisivos.

Rojas, como otros populistas de la época, prestó especial cuidado a su relación con los sectores marginados de las ciudades y los campos, convirtiendo la alianza entre pueblo y fuerzas armadas en la consigna de su gobierno. Como programa social bandera tuvo al Sendas, Secretariado de Acción Social y de protección a los niños, dirigido por su hija María Eugenia. Impulsó además la reforma tributaria de 1953, a la que agregó un año después el impuesto a la exportación cafetera. En ese mismo año creó el Banco Central Hipotecario y transformó el INA. En 1954 estableció la televisión en el país y obligó a la radio a transmitir, en su programación, al menos un 25% de música colombiana. Esto sin mencionar el impulso que dio a la construcción de vivienda popular, a las vías y aeropuertos. Pero tal vez lo más trascendental en términos sociales fue la concesión del voto a la mujer en 1954, derecho que sólo se hará práctico en el Plebiscito del 57, paradójicamente en su contra.³⁵

Todo ello mostraba un panorama atractivo a sectores populares para quienes tal vez la ausencia de elecciones, la censura de prensa o el cierre de algunos periódicos e incluso la megalomanía del dictador no les decía mucho. Más les llegaba sus insistentes discursos en contra de la oligarquía. Se aduce incluso que en los días previos a su caída, su asesor Antonio García le habría propuesto unas medidas de emergencia que condesaban un ideario reformista: municipalización de servicios públicos, nacionalización de la banca, control del comercio, la industria y el servicio de salud, y fijación de

30Aspectos desarrollados por Carlos H. Urán, *Rojas y...*, Medófilo Medina, *La protesta urbana*, Bogotá, Ediciones Aurora, 1984, págs. 92-97 y César Ayala, "El Movimiento de Acción Nacional, MAN" en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, N° 20, 1992, págs. 44-70.

31Silvia Gálviz y Alberto Donadlo, *El Jefe Supremo*, Bogotá, Planeta, 1988, págs. 113-120.

32*El Tiempo*, 21 a 30 de diciembre de 1953 y 6 de enero de 1954. Luego se descubrió el sitio donde lo tuvieron, una casa que era de la policía donde encontraron más cadáveres (*idem*, 23 de marzo y 13 de abril de 1954).

33Un par de ejemplos que traen a colación Galviz y Donadlo sirven de ilustración: una vez posesionado Rojas se exige que su foto esté colgada en todas las oficinas públicas del país; y a fines de 1954 la Odipe requiere que toda referencia a él se haga precedida del título de Jefe Supremo (*El Jefe...*, págs. 266 y 290-291).

34Punto insistentemente señalado por Medófilo Medina, *La protesta...*, págs. 99 y 101.

35Carlos H. Urán, *Rojas y...*, págs. 84-85. Algo similar ocurrió con el establecimiento del Sena y del subsidio familiar, medidas que Rojas tenía preparadas, pero que las otorgó la Junta Militar que lo sucedió.

salario mínimo vital³⁶. Rojas, sin embargo, no dio el paso, lo que pudo quitarle el apoyo popular que indudablemente tuvo. Otra cosa pensaban las capas medias, los estudiantes principalmente, y las élites políticas y económicas.

En cualquier caso las jornadas de mayo del 57 no se caracterizaron por una fervorosa movilización popular contra la dictadura, salvo en el caso de Cali. Allí la enemistad se remonta a la represión hecha por Rojas en el 9 de abril y a su actitud displicente ante la masacre de la Casa Liberal en octubre del 49. La copa se rebosó con el estallido de camiones cargados de dinamita en la madrugada del 7 de agosto de 1956 en un sector popular de la ciudad. La torpe respuesta oficial no satirizó a la ciudadanía caleña, la cual se convirtió en epicentro de la oposición. En Cali se inició la huelga estudiantil declarada a raíz del encarcelamiento del dirigente del Frente Civil, Guillermo León Valencia y se dieron los mayores choques violentos de los días que precedieron la caída de Rojas incluyendo acciones masivas de ajusticiamiento de los 'pájaros'.

La ambigüedad del proyecto rojista —apoyo a las reivindicaciones populares pero altas dosis de represión y control estatal—, impactó la protesta popular en estos años. De ahí las variaciones que se reflejan en el Cuadro 1 en donde se observa una tímida recuperación de la huelga, más clara en 1955, y del conjunto de protestas. La ausencia de información, por censura, puede explicar el bajo número de registros para el 56. La contradicción política con el bipartidismo, creciente en 1957, va a dar abrigo a demandas sociales represadas o a descontentos, en especial de las capas medias, que cobran fuerza durante mayo en el movimiento para tumbar la dictadura. Los sectores populares que la apoyaban no fueron organizados y por tanto debieron presenciar desde los la fiesta de las clases medias y altas por la caída de Rojas. En Cali, por el contrario, había sobradas razones para odiarlo.³⁷

c. La protesta durante el año de la Junta Militar, 1957-1958

El 10 de Mayo de 1957, Rojas se fue del país luego de nombrar a cinco hombres de confianza como sus sucesores, evitando así un choque de

mayores proporciones. La prensa muestra fotos de multitudes celebrando su retiro, quizás las mismas que habían celebrado su ascenso. Se inició así un corto pero trascendental período de nuestra historia reciente. Una vez posesionada la Junta publicó decretos que Rojas tenía preparados tales como el de la creación del Sena y la promulgación del subsidio familiar. Para lograr más apoyo popular, los militares incrementaron los salarios y propusieron un subsidio al transporte. En materia política dieron participación a civiles en el gabinete, convocaron al plebiscito para ratificar el Frente Nacional y a las elecciones parlamentarias y presidenciales del 58, siempre bajo la tutela de los dos partidos. El rumbo del pacto bipartidista limitado a lo político y excluyente de un pacto social, se definirá entre mayo del 57 y agosto del 58, cuando se poseione Alberto Lleras Camargo.

Por ahora baste señalar que en el año y medio que siguió a la caída de Rojas se presentó una verdadera irrupción de protestas, especialmente de paros no laborales seguidos de huelgas, aunque estas en menor proporción a la que mostraba al inicio de los años estudiados. En 1957 hubo tres paros cívicos, incluyendo el de mayo; en el año siguiente diez. El protagonismo obrero, disminuido desde Ospina, es reemplazado por los sectores cívicos en los que sobresalen las capas medias que incluyen estudiantes y grupos profesionales.

2. Análisis por sectores sociales

Miremos con detalle la evolución de los distintos grupos sociales, para poder extraer conclusiones más sólidas sobre la protesta social en el período estudiado. Analicemos en primera instancia el sector laboral, luego el cívico, el campesino y finalmente las mujeres y otros grupos sociales con poca visibilidad.

a. El movimiento sindical

La información sobre el devenir de las huelgas laborales durante la Violencia se resume en el Cuadro 2. Como ya hemos desarrollado en otros escritos el análisis respectivo nos limitaremos aquí a señalar las principales características de dicha evolución³⁸. Lo primero que debemos anotar es que no hablamos sólo de movimiento obrero, referido al

³⁶*Ídem*, pág. 113.

³⁷Una cuidadosa reconstrucción de los sucesos en Medófilo Medina, *La protesta...*, cap. 7

³⁸Véase la ya citada ponencia al VIII Congreso de Historia, 1992 y el texto sobre movimiento huelguístico próximo a ser publicado. La reconstrucción más fina que se puede hacer del movimiento huelguístico arroja mayores variables en comparación con otras formas de protesta, por lo cual elaboramos una base de datos diferente (Anexo I) que se plasma en el Cuadro 1. Dejamos en dicho Cuadro la información para 1959 y 1960, que ya habíamos recolectado con la ayuda de Alvaro Delgado, con el ánimo de ilustrar las tendencias posteriores del movimiento huelguístico. Excluimos protestas laborales que no devinieron en huelga, las cuales aparecen en el Cuadro 3.

Cuadro 2
NÚMERO DE HUELGAS SEGÚN SECTORES ECONÓMICOS 1946-1960

Años	Agrict.	Minas	Industria		Const.	Serv. Comun.	Gobierno		Trans.	Paros Grales.	TOTAL
			Asal.	Arts.			Mag.	otros			
1946	-	1	5	6	1	4	1	-	4	2	24
1947	-	3	8	2	1	1	1	-	2	1	19
1948	1	2	4	1	-	-	2	2	1	1	14
1949	1	1	3	2	-	1	-	1	3	-	12
1950	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	1
1951	-	-	1	-	-	1	-	-	1	-	3
1952	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	0
1953	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	0
1954	-	-	1	-	-	-	-	-	1	-	2
1955	-	2	2	1	-	1	-	-	-	-	6
1956	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	2
1957	2	1	1	-	1	2	1	1	2	1	12
1958	1	1	7	1	1	-	1	1	2	-	15
1959	1	2	25	-	1	2	3	7	9	-	50
1960	4	2	16	1	-	3	4	8	6	-	44
TOTAL	10	15	76	14	5	15	13	20	31	5	204

Fuentes: Anexo I

trabajador asalariado fabril, sino en sentido amplio de movimiento laboral. Este último incluye empleados y profesionales asalariados, trabajadores de 'cuello blanco', que también se organizan sindicalmente. Dichos sectores habían crecido en mayor proporción que los obreros fabriles³⁹. Esta tendencia enmarca nuestra primera conclusión: la identidad sindical, y 'obrero', deja de ser exclusivamente aquella referida al trabajador asalariado de la industria manufacturera o de los transportes; al ampliarse a sectores de cuello blanco se debilitan los imaginarios sobre los que se constituían identidades homogéneas. Este cambio fue imperceptible para los actores, pero marcará la evolución del sindicalismo.

Lo anterior no implica la desaparición de los clásicos obreros industriales, quienes por demás fueron los más activos en los años estudiados: lanzaron 76 de las 204 huelgas contabilizadas. Le siguen, de lejos, los asalariados del gobierno, con 33 huelgas y de transportes, con 31.

La segunda observación que se desprende del Cuadro 2 ratifica lo ya dicho en términos globales: después del relativo auge de protestas a principios del gobierno de Ospina, la huelga prácticamente desapareció en los años siguientes, con la excepción de 1955. El proyecto conservador para controlar el sindicalismo de la CTC dio frutos⁴⁰. La gran favorecida fue la UTC que pasó, entre 1946 y 1959, de 40 sindicatos a 580, mientras su rival disminuyó, en el mismo lapso, a 27 sindicatos formales. Ni siquiera la CNT respaldada por Rojas tuvo éxito: en 1957 contaba con sólo 35 sindicatos nominales. En general el ritmo de organización disminuyó entre 1950 y 1956 pues sólo se concedieron 338 personerías jurídicas en contraste con las 895 concedidas en el lustro anterior⁴¹.

Lo que se vivió fue una indudable crisis del sindicalismo como organización de defensa salarial. La evolución de los rituales del primero de mayo así lo condensa. Las multitudinarias manifestaciones vistas durante la República Liberal conti-

39Según Rocío Londoño, entre 1938 y 1951, el grupo de empleados del Estado y de servicios aumentó en 292%, mientras el fabril sólo en 7,5% ("Crisis y recomposición del sindicalismo colombiano, 1946-1980" en Alvaro Tirado Mejía (Compilador), *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, 1989, pág. 279.

40Desde 1948 se dictaron normas de estricto control sindical con base en decretos de Estado de Sitio. En 1950 se crearon además los departamentos de Auditoría y Registro Sindical adscritos al Ministerio de Trabajo (*El Tiempo*, 2 de agosto de 1950). Desde ese momento los sindicatos debían informar a esas instancias y a las brigadas militares el temario de sus reuniones y solicitar su consentimiento para llevarlas a cabo. No pocas veces detectives, durante el gobierno de Gómez, o militares, durante la dictadura, asistían a dichos eventos.

41Rocío Londoño, "Crisis...", págs. 281-281.

nuaron aún en 1946 y 1947, esta última en vísperas de un paro general. Pero a partir de 1948 serían prácticamente prohibidas, obligando a los sindicatos a celebraciones a puerta cerrada en donde unos, la mayoría, celebraban actos religiosos con algún ingrediente lúdico, y otros, pocos, se dedicaban a proclamar discursos no propiamente revolucionarios. En 1950 hubo incluso una campaña clerical, apoyada por la UTC, para mover la fiesta para el 15 de mayo, aniversario de la *Rerum Novarum*. Finalmente, en 1955, se bautizó el primero de mayo 'día de San José Obrero'. En 1957, si no es por la absurda detención de Guillermo León Valencia en Cali, la fecha no tendría recordación. Incluso en 1958 las centrales obreras se limitaron a sendas proclamas a sus afiliados, recavando esta vez sí en las bondades del Frente Nacional⁴².

La impresión que dejaría este breve recuento es que el sindicalismo fue 'convertido' dentro de los moldes católicos de negociación economicista, respeto a los patrones y al Estado, y rechazo al conflicto abierto. En las condiciones de creciente control y represión sindical analizadas en páginas anteriores era difícil esperar una respuesta diferente. Sin embargo, podríamos continuar con la metáfora señalando que 'convertidos' tal vez sí pero callados no. Al mirar lo sucedido con otro prisma, llama la atención precisamente el hecho de que se hayan presentado huelgas en un período de pronunciado recorte de libertades democráticas. Si dejamos a un lado el conflicto abierto, de ingentes dificultades para ser llevado a cabo, se observan en la prensa abundantes peticiones laborales por mejores condiciones materiales⁴³. No hubo muchas proclamas políticas contestatarias, o al menos no fueron publicadas debido a la censura, y tal vez muchas de esas peticiones fueron tan respetuosas que hoy suenan serviles, pero el trasfondo es que los trabajadores asalariados no entregaron todas las banderas. Posiblemente adoptando el lenguaje religioso de la época, presionaron por otros medios a los empresarios y gobiernos de turno para conseguir reivindicaciones parciales⁴⁴ e incluso avances legales que aún

hoy constituyen mojones importantes en las 'conquistas' obreras: seguridad social, salario mínimo, código laboral, subsidio familiar y educación técnica, para mencionar las más importantes. Decimos conquistas entre comillas pues en su mayoría fueron dictadas por los gobiernos sin previa consulta a los sindicatos, pero respondían a viejos anhelos laborales. Así los logros fueran para controlarlos, algo de mérito se merecen los trabajadores.

Finalmente, en términos regionales, las cifras sobre huelgas de la base de datos (Anexo I) muestran una tendencia a concentrarse en tres departamentos: Cundinamarca, Valle y Antioquia, con Bogotá, Cali y Medellín como epicentros. Atlántico y los Santanderes aparecen detrás pero con menores cifras. No extraña esta constatación pues son las zonas más industrializadas del país. Lo notorio es el peso del Valle coincidente con el auge de la protesta en esa región, y el decrecimiento de Atlántico y en particular de Barranquilla, otrora la plaza fuerte del sindicalismo cetecista.

b. Las luchas 'cívicas'.

La información sobre otras formas de protesta diferentes de las huelgas se resume en el Cuadro 3, al que remitiremos continuamente al lector. Antes de avanzar es necesaria una pequeña explicación. La tercera columna, la laboral, se refiere a protestas de asalariados (obreros y empleados) que no culminaron en huelgas. Su contenido y a ha sido tocado en la sección anterior.

Las luchas cívicas, entendidas como aquellas acciones adelantadas por habitantes urbanos con la mira de plantear demandas y/o exigir soluciones al Estado en sus distintas instancias o a particulares, coinciden con la tendencia general vista para las huelgas, salvo en 1949. En ese año, ya lo anotábamos, la confrontación bipartidista adquirió visos dramáticos y posiblemente dio cobertura a protestas ciudadanas no siempre de carácter político. Su disminución en los años de los gobiernos autoritarios de Gómez y Rojas reafirma la tesis ya esbozada

42 Síntesis de la información de la prensa consultada para esos años. Sobre el bautizo de la fecha véase *El Obrero Católico*, 29 de abril de 1950 y 28 de abril de 1956.

43 Este énfasis económico se constata incluso en las huelgas detectadas. Según la base de datos del Anexo I, la mitad de ellas se lanzaron dentro del proceso de discusión de pliegos: sólo 7 fueron claramente políticas y otras tantas de solidaridad. La información de conflictos laborales que no culminaron en huelgas, Cuadro 3, también ratifica lo dicho.

44 Algo se pudo expresar en sus ingresos. Las escasas series sobre salarios reales de la época muestran un relativo crecimiento hasta por lo menos 1955, año del fin de la bonanza cafetera (Miguel Urrutia y Mario Arrubla, *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1970, págs. 76-78)? Esta tendencia se debe matizar porque por un lado, el crecimiento real en los salarios en gran parte se debió al control de la inflación especialmente durante los gobiernos de Gómez y Rojas; y por otro, porque hubo un deterioro en la participación de los salarios en el ingreso nacional del 11% entre 1945 y 1955, en contravía del incremento de la participación de utilidades que fue del orden de 9% para el mismo período (Salomón Kalmanovitz, *Economía y Nación*, Bogotá, Siglo XXI, 1985, págs. 381, 404 y 414-415). Tal vez por estas razones Medófilo Medina habla de un descenso del salario real entre 1948 y 1958 del 15% (cuadernos..., pág 14)

PROTESTA -SIN HUELGAS- POR SECTORES. 1946-1958

Años	Cívico	Campesino	Laboral	Estudiantes	Mujeres	Total
1946	7	3	3	3	0	16
1947	3	0	1	4	0	8
1948	5	2	4	3	0	14
1949	10	0	4	5	0	19
1950	1	0	1	1	0	3
1951	3	1	3	1	0	8
1952	0	0	0	3	0	3
1953	2	1	1	2	1	7
1954	3	0	3	5	1	12
1955	2	0	2	4	1	9
1956	2	0	0	1	0	3
1957	6	0	1	11	0	18
1958	13	2	1	13	0	29
TOTAL	57	9	24	56	3	149

Fuente: Anexo II

de la correlación entre libertades democráticas y ejercicio de la protesta. Sin embargo, como también se alcanza a percibir, esta última no desapareció, al menos en el caso de los sectores cívicos. En realidad, los pobladores urbanos fueron, junto con los estudiantes, los baluartes del descontento ciudadano durante esos años.

El lento retorno a la democracia abrió de nuevo las compuertas para la aparición abierta de conflictos sociales. El fenómeno de los paros cívicos, aunque mencionado imprecisamente para años previos, se hizo perceptible a partir del de mayo del 57. Incluyéndolo, ese año se dieron cuatro paros; en el siguiente año escalarían a diez.

Las invasiones de terrenos urbanos no fueron muchas, o al menos no quedaron registradas, pero llama la atención de que hayan tenido lugar en Barranquilla (un barrio en 1946 y otro en 1957) y Cali (tres barrios en 1949 y otro en 1955). De hecho estas son las dos ciudades que presentan un crecimiento más desordenado y en donde históricamente la forma de invasión ha sido un medio de tener acceso a la vivienda, en contraste con

el barrio pirata de ciudades como Bogotá o Medellín⁴⁵.

En términos de motivos de paros y movilizaciones, pues los de invasiones de terrenos son claros, hay amplia variedad. Tienden, sin embargo, a predominar en su orden las protestas contra el costo de vida y en particular las tarifas de servicios públicos, por la necesidad de los mismos servicios, principalmente el agua y en favor o en contra de las autoridades locales. Hay también un par de protestas registradas contra la violencia, especialmente a la caída de la dictadura. En términos regionales vuelven a descollar las cuatro grandes ciudades, destacándose el caso de Cali. Ya decíamos que fue la única región en donde se observó activa participación popular en mayo del 57, debida a viejos resquemores catapultados por el estallido de los camiones con dinamita en agosto del 50⁴⁶. Pero las contradicciones regionales no se reducen a ese aciago hecho. El pujante desarrollo azucarero trajo una rápida proletarización desde principios de siglo, especialmente en la zona plana. Paradójicamente, los ingenios no podían absorber la mano de obra expulsada por su misma expansión, a la cual se le sumó la que huía de la Violencia en las zonas de cordillera⁴⁷. La zona plana del Valle, durante los años de estudio, consolidó su desarrollo capitalista por la vía de la agroindustria a costa de la población campesina. Cali fue, por tanto, una de las ciudades de más rápido crecimiento, lo que produjo indudables desajustes sociales. De esta forma se van anticipando también las luchas que durante el Frente Nacional mostrarán las limitaciones estatales en la prestación de servicios básicos para la calidad de vida.

c. Sector campesino.

Las pocas protestas rurales constatadas, además de mostrar la limitación de nuestro esfuerzo cuantitativo, no reflejan la dinámica de conflicto

45Así lo confirman estudiosos como Alfonso Torres, *La ciudad en la sombra*, Cinep, 1993, pág. 33.

46Esta explicación la señaló ya Medófilo Medina, *La protesta...*, pág. 112.

47Citando cifras del DANE, Darío Betancourt y Martha L. García muestran que en 1954 el 68% de las fincas tenía el 10% del área cultivable, mientras el 4% de las haciendas - mayores de 100 hectáreas- abarcaba el 60% de la tierra para cultivo (*Matones y Cuadrilleros*, Bogotá: Tercer Mundo, 1990, pág. 42). Véase también Gonzalo Sánchez, "Tierra y violencia: El desarrollo desigual de las regiones", *Análisis Político*, N° 6, enero-abril de 1989, págs. 10-17.

social que soportó el campo en esos aciagos años. La escasez de registros se explica por la censura de prensa y por la precaria investigación sobre otras fuentes del período a la cual se le suma una mirada tradicional de los estudiosos que privilegia la violencia como fenómeno totalizante anulando posibles expresiones de dinámicas sociales⁴⁸. En este último punto radica nuestra segunda dificultad. En realidad, como lo señala la historiografía de la Violencia, el campo fue su escenario principal. Con toda seguridad la resistencia campesina a la ofensiva militar y paramilitar, escondía dimensiones sociales tras una apariencia política, para no hablar del trasfondo social de la Violencia, punto de álgido debate historiográfico⁴⁹. Tal fue la situación analizada por Gonzalo Sánchez para la región de Sumapaz. Allí la Violencia fue una estrategia terrateniente para frenar los ímpetus de un movimiento agrario que no se dejó acallar, recurriendo incluso a la defensa armada. La resultante es que la Violencia pospuso, no suprimió, los anhelos de tierra de los campesinos, anhelos que serán retomados en los años sesenta⁵⁰. Además, en no pocos casos se dieron choques entre copartidarios de diferentes estratos sociales, los cuales estuvieron presentes a lo largo de la Violencia, pero se hicieron más manifiestos durante la fase de bandolerización, cuando los gamonales les quitaron el apoyo a grupos armados de antiguos seguidores⁵¹. Se ratifica, de esta forma, lo que enunciábamos al principio del texto: la lucha social en el campo no se limita a las pocas expresiones de protestas aquí consignadas; por el contrario, detras de muchas acciones violentas de este período hay un gran trasfondo social. Sin embargo, este último no lo podremos desarrollar en estas páginas, pero lo dejamos insinuado.

A pesar de las dificultades para el registro de luchas sociales en el campo, unas derivadas de las condiciones de la época y otras propias de la metodología investigativa, constatamos la presencia de nueve para el período estudiado. Mirando con cuidado hay sólo dos en los años duros de la Violencia, 1949-1957, ambas consistentes en roces de colonos por tierras consideradas como baldías que hacían parte de viejas concesiones bananeras o petroleras. Aunque posiblemente sobre los conflictos agrarios diga más el programa revolucionario de las guerri-

llas de los llanos que estos dos conflictos, son sintomáticos de las tensiones vividas en las zonas de enclave. Las otras 'protestas' son por lo general invasiones de tierra, las cuales se concentran al principio y final del período analizado, recavando sobre la correlación señalada entre democracia y conflicto social manifiesto.

d. Protestas estudiantiles.

Los estudiantes, especialmente universitarios, fueron el grupo social más activo del período. Como voceros de las capas medias en ascenso y representantes de la intelectualidad, fueron muy sensibles a los recortes democráticos. Aunque estuvieron presentes en todos los años, su participación fue definitiva durante la dictadura, tanto que la caída de ésta fue en gran parte resultado de su movilización. Si bien en mayo de 1957 se agruparon estudiantes de secundaria y universidad, de establecimientos públicos y privados, el peso de la protesta lo llevó el sector de universidades estatales. Era resultado de una tendencia desde los años veinte. De 56 conflictos estudiantiles en la época de la Violencia, 29 fueron adelantados en universidades públicas, 11 de ellos en la Nacional. Para la participación de esta última baste recordar las jornadas del 8 y 9 de junio del 54 o las mismas de mayo del 57. Tanto fue su peso que no sólo la gran prensa reconoció el esfuerzo universitario en rescatar la democracia, sino que la misma Junta Militar cedió un pedazo de tierra para la construcción de residencias estudiantiles.

Si bien los estudiantes fueron sensibles a la democracia, su lucha estuvo inscrita en el bipartidismo. De hecho su principal organización, La Federación Colombiana de Estudiantes, FEC, estaba dirigida por incipientes políticos liberales como Lozano Simonelli o Crispín Villazón de Armas. La posterior Unión Nacional de Estudiantes Colombianos, UNEC, iniciará luego una lenta ruptura con el Frente Nacional.

Lo anterior no demerita las valientes luchas estudiantiles, pero señala una limitación en su horizonte programático. Aunque hubo muchos choques, generalmente registrados como paros, por reivindicaciones académicas, el motivo principal de

48Alberto Flórez, en su tesis de Ph.D. está investigando las dinámicas no-violentas de confrontación social en el Valle de Ubaté para el periodo de la Violencia. Más estudios de este tipo nos arrojarán un panorama más balanceado de lo sucedido en esta época.

49Nos referimos a la discusión sobre si la Violencia fue una 'revancha' terrateniente contra los pocos logros de los movimientos agrarios previos o si fue una revolución social frustrada o simplemente fue la convergencia de luchas individuales por movilidad social (Catherine Legrand, "Comentarios al estudio de historiografía sobre la Violencia" en Bernardo Tovar (Comp.), *La historia al final del milenio*, Vol. I, Bogotá, Universidad Nacional, 1994, págs. 429-430).

50Gonzalo Sánchez, "Tierra y violencia...", págs. 22-28.

51Véase este análisis en Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos*, Bogotá, Ancora editores, 1984.

agitación fue político. La destitución de un profesor, el nombramiento de un rector, ante lo cual se movían los estudiantes, generalmente escondían motivos políticos. Ellos lucharon contra Rojas y apoyaron entusiastamente al Frente Civil, pero ellos no se contentaron con la caída de la dictadura. Algo que llama la atención es la persistencia de la lucha estudiantil después del 10 de mayo, en contra de las respectivas autoridades aduciendo que eran continuidad del dictador. Con ello señalaban de paso que no se consideran juguetes que se pueden poner en acción o desactivar por voluntad ajena. Pronto se ira ahondando la brecha con el bipartidismo hasta llegar a la ruptura de los años sesenta, pero esa es otra historia.

e. Las mujeres y otras 'minorías'.

Lo que sorprende de la aparición de protestas de mujeres no es tanto su pequeño número, acorde con la poca visibilidad que ellas tenían, sino precisamente que se registren tres. Históricamente las mujeres no sólo estaban excluidas de la vida política, sino que aún en términos de organizaciones sociales y sindicales, no figuraban en cargos directivos. En los años veinte mujeres como María Cano mostraron cierto protagonismo femenino tras reivindicaciones laborales más que de género propiamente dicho⁵². En los cuarenta volvieron a figurar en la lucha por conseguir el derecho al voto, la cual fracasó a pesar de contar con el apoyo de la izquierda parlamentaria. En esa movilización jugó un papel importante la Alianza Femenina integrada por mujeres liberales (como Ofelia Uribe) y socialistas (como Mercedes Abadía), quienes se acercaron luego al gaitanismo⁵³. Luego del 9 de abril desaparece la agitación por el voto, la cual volvió a renacer en 1954 con la presencia de dos mujeres en las sesiones de la Asamblea Constituyente y el otorgamiento del voto femenino. La presión la dirigió la Organización Nacional Femenina, una asociación más moderada que sus predecesoras pues estaba constituida por mujeres de ambos partidos y presidida por doña Berta Hernández de Ospina⁵⁴. Aunque el eje de la actividad fue el sufragio no deja de llamar la atención peticiones como las de un grupo de mujeres del barrio popular Trinidad de la capital, quienes se presentaron ante la ANAC para apoyar la presencia de mujeres allí y presionar la instalación

de energía eléctrica en su barrio. En la carta que dejaron preguntaban: "De qué puede servir el voto femenino si con él no se consigue mejorar nuestras condiciones de vida?"⁵⁵ Mejor ejemplo no podemos encontrar de la manera como los grupos sociales subordinados aprovechan los resquicios que deja un régimen autoritario para plantear sus demandas y de la relación entre demandas sociales y luchas políticas.

Una vez logrado el voto, las mujeres de clase media y alta, las más visibles, protestaron contra la censura de prensa y seguramente participaron activamente en las jornadas contra la dictadura. Su lucha, como la estudiantil, estaba aún inscrita en el bipartidismo. Su presencia política sirvió más de correa de transmisión de los partidos que para reivindicar asuntos de género. Sin embargo así lograron mayor visibilidad e incrustar una que otra demanda social o de género en las declaraciones de los partidos tradicionales.

Sobre protestas de otras minorías no aparece información, salvo en los casos anotados páginas atrás con relación a invasiones de tierras. Los indígenas, aunque habían logrado presencia pública desde los años diez, con Quintín Lame y luego con José Gonzalo Sánchez y Eutoquio Timóte, no aparecen en estos años registrados en términos de protestas. Seguramente la dura represión y la violencia los cobijó también, como también es posible que en muchas luchas agrarias quienes estaban por detrás eran indígenas. Los negros, por su parte, estaban aún muy distantes de lograr visibilidad como etnia, pero seguramente estuvieron presentes en las luchas de el época. Lo mismo podríamos decir de otros grupos sociales cuya aparición pública será resultado de procesos posteriores.

Conclusiones

Lo primero que debemos recalcar es que el período estudiado ratifica la hipótesis sobre la correlación entre vigencia de la democracia y el ejercicio de la protesta. La disminución de las luchas sociales en momentos de dura represión y control, así como su irrupción de nuevo en el lento retorno a la democracia, corroboran dicha hipótesis.

52 Tila Uribe, *Los años escondidos*, Bogotá, Cerec-Cestra, 1994.

53 Lola Luna y Norma Villarreal, *Movimientos de mujeres y participación política en Colombia, 1930-1991*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1994, págs. 100-106

54 *El Espectador* publicó una serie de entrevistas con los principales dirigentes de la ONF. Según María Currea de Aya el fin de la organización era "capacitar a las mujeres colombianas para ejercer sus derechos, especialmente el del sufragio" [*idem*, 10 de octubre de 1954]. Véase también las entrevistas con Aidé Anzola y Esmeralda Arboleda (7 y 14 de noviembre de 1954).

55 *idem*, 4 de septiembre de 1954.

Sin embargo, a pesar de las duras condiciones existentes durante la Violencia, los sectores subordinados ejercieron la protesta. Tal vez con menos visibilidad que en otros períodos, la gente siguió planteando demandas y consiguiendo pequeños logros. Las condiciones políticas hicieron que los sectores subordinados incluso inscribieran su protesta en demandas del bipartidismo o detrás de las veleidades populistas del dictador. No lograron autonomía, pero sobrevivieron. Aunque no se puede hablar de un proyecto popular que cohesionara esas luchas, ellas sí apuntan a la necesidad de una restauración democrática, no sólo política sino social y económica. Lo que señalábamos para el sindicalismo bien puede generalizarse para los otros sectores: convertidos tal vez sí pero no callados.

Ahora bien, no todos los sectores ni todas las regiones tuvieron igual presencia. Las cuatro grandes ciudades concentraron la mayoría de los conflictos abiertos, lo que se debe no sólo a su mayor desarrollo económico, sino a la presencia de factores demográficos —concentración de población y anonimato— y políticos —mayor dificultad de control estatal— que hacen más posible la expresión manifiesta de los conflictos sociales. El caso de Bogotá, con 35 protestas y 18 huelgas, se explica por ser la capital y por concentrar más sectores obreros y estudiantiles y albergar sus organizaciones nacionales. Aclaremos que por las razones metodológicas anotadas al inicio, no miramos las expresiones violentas de dichos conflictos, especialmente en los

campos. De ahí el énfasis urbano de nuestras conclusiones.

En términos regionales se destacan tres departamentos, en orden descendente, en número de protestas (incluyendo las huelgas): Cundinamarca con Bogotá, 69, Valle, 49 y Antioquia, 39⁵⁶. Llama la atención el caso del Valle no tanto por el número sino por la radicalidad y persistencia de la protesta, especialmente en contra de la dictadura.

Por sectores sociales la mayor presencia fue la laboral aunque con una tendencia a disminuir en su peso relativo, para dar paso a nuevos protagonismos cívicos y estudiantiles. Pero hilando más delgado se observa como los actores no son iguales a los observados en los años veinte o treinta. La supuesta homogeneidad de la clase obrera se comienza a fraccionar durante la Violencia. De una parte quien va a la huelga no es sólo el obrero fabril o de los transportes, también lo hace el empleado o asalariado de 'cuello blanco'. De otra parte, otras formas de protesta, como las luchas cívicas, recogen múltiples capas sociales, incluyendo no pocas veces a los obreros. Tímidamente se insinúa una tendencia que se profundizará luego: las identidades construidas en períodos anteriores se van fragmentando, dando origen a otras nuevas, menos homogéneas y uniformes, pero más ricas por reflejar la diversidad de la realidad social. Esa es otra historia que luego reconstruiremos.

AL DIABLO CON MAO



(1976). Los chinos en el infierno están condenados y como castigo eterno deben leer el Libro Rojo.